

CAPITULO XII.

Los Jesuitas en Veracruz.

Después de tantas tribulaciones sufridas por los Jesuitas especialmente desde Jalapa, (á las que se agregó el mal temporal y el más peligroso en que hicieron el camino, la estacion de las aguas), llegaron, finalmente, á Veracruz á mediados de Julio de 1767, encontrándose sin buques para hacer la navegacion, á pesar de que según el Real decreto debian ya estar prevenidos. En el puerto fueron distribuidos en los conventos de S. Agustin, S. Francisco y la Merced, así como en el Colegio que allí tenia la Provincia, pero siempre custodiados por tropas. Los que no pudieron alojarse en ellos, fueron hospedados en varias casas particulares. La primera disposicion que se dió fué prohibirles la salida á la calle y celebrar públicamente en las Iglesias de los conventos en que estaban arrestados. Los superiores, entre tanto, no se descuidaron, ni de la observancia religiosa, ni tampoco de los estudios de los jóvenes, cuanto lo permitian las críticas circunstancias del tiempo. El primer cuidado, por lo mismo, del P. Pedro Reales rector del Colegio Máximo de México, fué el que se reunieran todos los estudiantes en uno de los dichos edificios religiosos y allí prosiguiesen sus mismas costumbres y estudios, distribuyendo el tiempo en tal orden, que sirvió de mucho ejemplo á la tropa que custodiaba aquella florida juventud: entre los estudios ordinarios, se agregó el de la lengua italiana, en cargo que se hizo extensivo en cuanto fué posible, á los moradores de las demás casas particulares. Y no descuidándose, de lo que más importaba en aquellas circunstancias, de fortalecer el espíritu religioso para sufrir todas las penalidades que se esperaban en el destierro, en todos los conventos se hicieron en comunidad los Ejercicios espirituales de S. Ignacio, previniendo el Provincial á todos sin excepcion, los hiciesen aunque fuera, privadamente lo que cumplieron con asombro de todos los habitantes del puerto.

La reunion de un número tan considerable de individuos en esa ciudad, que pasaba de cuatrocientos, tan fatigados por el largo camino y atribulados en su espíritu por los males propios y los de sus hermanos y la prevision de los que se les aguardaban en su viaje á Europa, junto con la estacion tan peligrosa en ese tiempo en Veracruz, debia producir, como en efecto produjo la última calamidad que po-

dia sobrevenirles: la fiebre amarilla, ó *vómito prieto*, enfermedad endémica allí, especialmente en esos meses. Estalló el mal á los pocos días, y fué tan crecido el número de enfermos que se hizo indispensable desocupar uno de los conventos para que sirviese de hospital, el que se puso bajo la direccion del V. P. Agustin Antonio Márquez, el mismo que habia cuidado en 62 el levantado en México para la asistencia del Matlalzahuatl, de que hemos hecho mencion en otra parte. La elección no pudo ser más acertada, pues aunque la extrema consuncion y palidez de semblante de ese respetable varon, hizo creer al médico que iba á contarle entre los enfermos de mayor gravedad, quedó sorprendido cuando se le dijo que era el destinado para cuidar de la asistencia de los apestados y se sorprendió mucho más, cuando por sus mismos ojos vió lo que durante más de seis meses trabajó el P. Márquez en la asistencia de los enfermos, á la que se consagró tan enteramente abrazando esta obra de caridad y misericordia con un ardor tal, que no podia esperarse cosa semejante del hombre más fuerte y acostumbrado á ese género de trabajos, siendo estos tales, que se tuvo casi á milagro el que no hubiera sucumbido en aquel rudo ejercicio. Porque no puede creerse cuales fueron sus afanes y fatigas con todos los enfermos, desde el momento en que atacados del mal los tomaba á su cuidado, atendiéndolos en el curso de su enfermedad y en su convalecencia hasta dejarlos sanos y prodigando amorosos consuelos en su última hora á los que sucumbian. Por todo el tiempo que gobernó el hospital casi no durmió noche ninguna y aun cuando vencido del sueño se recostaba algun rato, tenia encendida una linterna para ocurrir violentamente á auxiliar á cualquiera de los enfermos que sentia moverse, pues su corto descanso lo tomaba en las mismas salas. Con amor de madre asistía de dia y de noche á todos sin excepcion, de los que yacian en el lecho del dolor: recorría incesantemente todos los departamentos; ministraba á unos los medicamentos, llevaba agua á los sedientos; cubria á los que veia desabrigados; consolaba á los tristes, auxiliaba á los moribundos, vestía á los cadáveres, y sin detencion ofrecia la Misa por los difuntos; y lo que era más admirable, que en tan gran peso de trabajos, todo su alimento se reducía á un poco de caldo ó algunas legumbres una vez al dia, descansando en seguida por un tiempo muy corto. Tan públicos fueron en toda la ciudad aquellos ejemplos de piedad y misericordia, que las cartas que se remitían á México, no hablaban de otra cosa, comparando al P. Agustin con San Francisco Javier, cuando en Venecia asistía el hospital de los incurables.

Multitud de Jesuitas debieron la vida á los caritativos cuidados de este V. P., auxiliado por los que fueron señalados para el mismo ministerio. A su asistencia, y tal vez á sus oraciones, se debió el que

la mortandad no hubiese sido cual al principio se temió, atendidas las críticas circunstancias entonces presentes. Sin embargo se tuvo el dolor de ver morir en aquella calamidad á treinta y cuatro de los inocentes proscritos, habiendo ocurrido el primer caso funesto, cabalmente el 1º de Agosto á otro dia de San Ignacio cuya festividad habia sido celebrada por sus hijos, no con la solemnidad de aquellos pasados felices tiempos, sino en medio de lágrimas y suspiros, endulzadas únicamente por las heroicas virtudes de la obediencia y de la conformidad con la voluntad siempre adorable de Jesus, primer capitán de su Compañía. Para dar una idea de la clase de pérdidas que sufrió entonces la Provincia, ya que no podemos nombrar á todos por falta de noticias, como el P. Agustin Cartas, que habia sido provincial, y el P. Antonio Ruiz, gran teólogo y canonista, nos limitaremos á recordar algunos de los otros principales sujetos, que quedaron sepultados en ese puerto insalubre, cuya memoria conservó el P. Maneiro.

En 25 de Agosto murió el P. Pedro Reales, el mismo de quien antes hicimos mencion, como rector de la casa de estudios provisional establecida en Veracruz, Jesuita de los más ilustres que contaba entonces la Provincia: era natural de Castilla la Vieja, donde nació en un pequeño pueblo á 23 de Abril de 1704: á los 22 años de su edad entró en la Compañía en esa Provincia, de donde pasó á la mexicana despues de concluido el noviciado y el estudio de filosofía y humanidades: desde luego se atrajo el cariño de todos tanto por sus costumbres religiosas, como por su literatura; porque desde aquel tiempo hasta su ancianidad se hizo distinguido por sus bellos versos latinos: terminados sus estudios teológicos y ordenado de sacerdote, fué destinado al ministerio de la enseñanza en los colegios, enseñando filosofía en Valladolid y S. Ildelfonso de México, teología en Guadalajara, logrando muy aventajados discípulos entre los que se cuentan los PP. Campoy y Abad y el célebre Sr. D. Antonio López Portillo, de quien tenemos hecha honorífica recomendacion en otro lugar: fué ministro del noviciado de Tepetzotlan y de la Casa Profesa de México, rector de los seminarios de S. Gerónimo en Puebla y de San Juan en Guadalajara; Secretario del P. Provincial Andrés Garcia, Maestro de novicios por diez años, de cuyo empleo pasó á gobernar toda la Provincia, y en seguida fué Preósito de la Casa Profesa y en el siguiente trienio Rector, como hemos dicho, del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, con cuyos discípulos pasó á Veracruz. El exactísimo desempeño de todos estos cargos, su gran literatura, su religiosa observancia y amor á la Provincia le granjearon un aprecio universal, de suerte que era amado y venerado de todos sus súbditos como verdadero padre. A él se debió la fábrica en Tepetzotlan del departamento de los jóvenes que concluido el no-

viciado hacian el estudio de humanidades, el de la hospedería para los Padres pasajeros, el de la biblioteca del Colegio y sala de recreacion para los jóvenes estudiantes. Igual fué su empeño en lo perteneciente al culto divino: en la Iglesia pública del mismo noviciado; levantó cuatro magníficos altares, que dedicó con gran solemnidad; proveyendo su sacristía de costosos ornamentos y ricos vasos sagrados, empeño que extendió al oratorio doméstico que era uno de los más bellos y adornados de la Provincia. Siendo Provincial reparó á costa de mucho dinero el Colegio de San Pedro y San Pablo y amplió el número de los aposentos para sus moradores. Su gobierno en los diversos cargos que desempeñó fué uno de los más notables de la Provincia por su prudencia, caridad, amabilidad y ejemplos de virtudes, teniendo tal acierto en la formacion de la juventud religiosa, que ninguno de los jóvenes educados por él en el noviciado, ó dirigidos en el Colegio Máximo, faltó á su vocacion ni fué expulsado del cuerpo: cosa muy particular para los que saben la rigidez de la Compañía en no tolerar las faltas que pudiesen influir en perjuicio de la observancia doméstica y escándalo del público. Pero, con razon, porque era el modelo de un verdadero Jesuita, reconocido por tal no solo entre sus súbditos y hermanos, sino en cuantos Pueblos residió y tuvo que transitar. Con los novicios, era un perfecto novicio; con los estudiantes un espejo en que todos se miraban; con los operarios apostólicos un ejemplar de celo; y con los superiores una acabada copia de las reglas que para este cargo tiene dictadas el prudentísimo Instituto de la Compañía. Su obediencia y humildad al notificársele el decreto de expulsion ya las hemos referido, así como el asiduo cuidado que tuvo de los estudiantes en la piedad y letras en el convento en que logró tenerlos reunidos. En esos trabajos fué atacado al mes y pocos dias, de la epidemia reinante en el puerto; y desde luego se conoció que el mal era mortal: recibió la noticia del médico con edificante serenidad, y preguntado qué sacerdote quería para su última confesion, contestó estas memorables palabras: "por la misericordia de Dios nada tengo que me cause temor, ni recuerdo en mí ninguna culpa," respuesta admirable en sujeto que por tantos años habia sido superior; pero que no sorprendió á los que habian sido testigos de la santidad de su vida. En fin con la mayor serenidad de alma, aunque mientras vivió habia sido agitado de escrúpulos, entregó su espíritu al Señor, siendo de edad de cerca de sesenta y cuatro años, el dia que al principio hemos referido y en que se celebra la fiesta de San Felipe Benicio á quien siempre profesó particular devocion.

A este ilustre español, que la mayor parte de su vida empleó entre nosotros, siguió otro no ménos esclarecido mexicano y muy digno de eterna memoria en nuestra historia, por haber sido Maestro

de uno de los Virreyes de más nombradía en la que fué Nueva España. Este fué el P. Juan de Villavicencio: nació en la ciudad de México á 15 de Diciembre de 1709: su familia por la línea masculina era originaria de España y de una antigua nobleza, cualidad muy apreciable en aquel tiempo: por parte de la madre que se apellidaba Peña y estaba enlazado con las principales casas de la capital. Para que no le faltara recomendación, tuvo un único hermano, llamado Pedro, digno tambien por varios títulos de toda consideración, por su piedad, modestia, religiosidad, delicadeza y probidad con que desempeñó el empleo de administrador de la casa de moneda, sumamente estimado de los Virreyes por estas prendas y uno de los pocos empleados no letrados, que fueron condecorados por la Corte de Madrid con el nombramiento de Consejero honorario. Nuestro Juan recibió igual educación sólida y cristiana, y desde muy niño se vió en él una grande inclinación á la vida religiosa. Decidió por la Compañía de Jesus, en consideración á sus muchas prendas fué recibido en el noviciado, á los 15 años aun no cumplidos de edad, el 28 de Julio de 1724: en esa escuela de santidad aprovechó mucho y fué un ejemplo de todos sus compañeros, especialmente en la mortificación de su cuerpo, oración, humildad y demás virtudes de su estado. Concluido el tiempo del noviciado, que duró algo más de los dos años, en razón de la corta edad en que fué admitido, se dedicó con la mayor aplicación al estudio de la filosofía y ciencias eclesiásticas, teniendo siempre la mira en perfeccionarse para los árduos y elevados ministerios de su profesión. Antes de ordenarse de sacerdote enseñó gramática con sumo aprovechamiento espiritual y literario de sus discípulos en el Colegio de Valladolid, dando el raro ejemplo de obediencia y humildad, de desempeñar en el mismo tiempo el oficio de cocinero durante la larga enfermedad del Hermano que lo servía. Vuelto á México y ordenado de Presbítero se tardó en dedicarlo al confesonario, en consideración á la virginidad de su alma y cuerpo, que no comprendía cierta clase de pecados, hasta que prudentemente instruido, se le dieron licencias de Confesar. En seguida pasó al Colegio del Espíritu Santo de Puebla á su segunda probación que duraba un año, y hecha la profesión solemne de cuarto voto, regresó á México y enseñó durante el mismo tiempo retórica en el Colegio Máximo. Su grande ejemplo de santidad y profundo conocimiento del Instituto, movieron á los superiores á nombrarlo Maestro de novicios, empleo que desempeñó cumplidamente por su prudencia y religiosa caridad, de suerte que más que director parecía una tiernísima madre de sus novicios. Tres años despues volvió á Puebla á enseñar filosofía, y concluido el trienio se le hizo venir á México para dar un curso de la misma clase: en ambos Colegios formó jóvenes muy aprovechados

y que algunos como los PP. Antonio Corro y José Melendez, dieron mucho honor á la Compañía: entre tanto todo el tiempo que le quedaba libre lo empleaba en los ministerios de púlpito y confesonario y en los ejercicios de piedad que desde niño habia practicado. Se hallaba en el segundo año del curso de filosofía cuando solicitando el primer conde de Revillagigedo un preceptor Jesuita para su hijo, se pusieron los ojos en el P. Villavicencio y se le nombró para ese encargo. Si acertó en la educación de este joven, bastante lo dice la historia: su discípulo fué el Exmo. Sr. D. Juan Vicente Güemez de Horcasitas, excelente militar, profundo político y piadoso cristiano, á quien el Rey de España Carlos IV nombró posteriormente Virey de N. España, y cuyo acertado gobierno es proverbial hasta el día entre los mexicanos. Lo que hizo más recomendable al P. Villavicencio fué, que por todo el tiempo en que obtuvo ese cargo, rehusó intervenir en los negocios públicos, tanto directa como indirectamente, y no trataba con el Virey sino cuando lo exigía con imperio la urbanidad. Para todo parecía nacido nuestro Jesuita: concluida tan satisfactoriamente la educación del joven Revillagigedo, fué nombrado Procurador de la Provincia, y manifestó tanta habilidad en el manejo y arreglo de las cosas temporales como si toda su vida no se hubiese ocupado de otra cosa: en 1750 visitó de órden del P. General los Colegios trasmarinos de la Habana, Puerto Príncipe y Yucatan, y además los de Guatemala y Chiapas, donde se hizo amar por sus bellas prendas de cuantos le conocieron y trataron, quedando todos muy complacidos por la acertada elección del Visitador: en seguida fué Secretario de Provincia, empleo en lo general, de suma importancia y muy difícil en esa época por el desórden en que habian quedado los negocios á causa de la larga enfermedad de su antecesor; pero todos fueron arreglados, así como los de la Visita de Provincia, que con gran gusto del Superior de ella hizo en su compañía: en fin fué Rector de los Colegios de Valladolid y Guadalajara, mostrando en el gobierno de ambos la misma solicitud que en el de Tepotzotlan, tanto para proporcionar comodidades á sus moradores, como para fomentar el culto divino. En 1763 fué nombrado procurador de la Provincia á Madrid y Roma, junto con el P. Joaquin Insausti, y en ambas cortes desempeñó cumplidamente las funciones de su empleo, mereciendo el mismo aprecio que en todas partes, de los Jesuitas españoles y extrangeros. Vuelto á México fué destinado á la Casa Profesa, donde se le notificó el decreto de la expulsión, el que obedeció con su humildad de costumbre y no se ocupó sino en aliviar las penas de sus compañeros de destierro, hablándoles de la cultura y de la sorprendente belleza de la Italia, adonde se dirijian, así como de los demás atractivos y ventajas de que le habian dado conocimien-

to sus viajes por aquellas regiones. Detenido en Veracruz con todos sus hermanos, fué atacado de la epidemia, á cuya violencia sucumbió despues de recibir con la mayor edificacion los auxilios espirituales el 23 de Octubre de 1767, siendo de cerca de 60 años; puntualmente la víspera de la salida de todos sus hermanos para Europa, lo que aumentó la afliccion de todos ellos.

En 13 de Noviembre, dia dedicado á S. Estanislao de Kostka, novicio Jesuita, descansó en el Señor, víctima de la epidemia, el P. Antonio Corro: nació en Veracruz el 10 de Enero de 1724: de 10 años entró en el pupilaje de los Betlemitas de Puebla, siendo de excelente conducta; estudió con la misma loable aplicacion gramática y retórica en el Colegio de San Gerónimo de la misma ciudad, dirigido por los Jesuitas: abrazó este Instituto no sin grande contradiccion de sus padres en el noviciado de Tepotzotlan, despues de haber estudiado filosofia, el 13 de Abril de 1743: hechos sus votos estudió teología en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo y recibió los sagrados órdenes: enseñó gramática en los Colegios de S. Ildelfonso de Puebla y de Durango, desempeñando en este último el oficio de Prefecto del Seminario: allí enseñó tambien filosofia y permaneció todavia algunos años en los ministerios de su Instituto, siendo ejemplo de domésticos por su grande retiro y penitencia, y de la ciudad por su celo apostólico, su fervor en la predicacion y asiduidad en el confesonario: los dias festivos predicaba en las cárceles visitaba los enfermos en el hospital y esplicaba la doctrina en algun templo de la poblacion: hallábase de operario en la Casa Profesa cuando las fiebres de 1762, y fué tanto lo que trabajó en la asistencia y socorros espirituales y corporales de los apestados, que atacado de una grave enfermedad se vió próximo al sepulcro: fué despues Prefecto de la Congregacion de la Buena Muerte; dicho cargo lo desempeñó admirablemente con especialidad en el ministerio de la predicacion, y el famoso sermon predicado en 1763 en las honras de los militares que se hacian en aquel templo, y que se dió á la prensa, es una prueba de su saber, pues parece que no puede llegar á más la sagrada elocuencia de un hombre: rara fué la plática en que no consiguiese grandes conversiones; solamente en Durango asombra el número de los que por ellas renunciaron el siglo. Apenas habia convallecido de una gravísima enfermedad, que le sobrevino por el fervor conque predicó en el ejercicio de las tres horas en la Casa Profesa el Viernes Santo, cuando tuvo que salir desterrado con los demás Jesuitas mexicanos al puerto de Veracruz, donde cayendo de la calentura fué trasladado al hospital, adonde murió religiosamente el dia expresado. Hubo una ocurrencia muy notabla en su muerte: estando de mucha gravedad solicitó que fuese á verle un hermano suyo, llamado Ildelfonso, misionero que habia sido de la

Tarahumara; pasó en efecto, hablaron secretamente por un rato y se despidieron abrazándose con ternura: lo que los hermanos hablaron no llegó á saberse, pero llamó mucho la atencion que dos dias despues del fallecimiento del P. Antonio, murió su hermano el P. Ildelfonso. Fué sumamente honrado despues de su muerte: uno de los principales jefes de la armada, D. Fernando Bustillos, caballero de Calatrava, no pudo prescindir al aspecto del venerable cadáver, de arrojarse delante de él y besarle devotamente los piés y las manos, llamando á voz en cuello, Santo, al P. Corro. Fué sepultado en la Iglesia parroquial de Veracruz, donde cerca de cuarenta y cuatro años antes habia sido regenerado con las saludables aguas del bautismo. En la misma parroquia se enterraron los demás Jesuitas que murieron en ese puerto.

Poco sobrevivió á los dos hermanos el P. Nicolás Calatayud, uno de los más ameritados y apreciados de la Provincia: nació en el Real de minas de S. Sebastian, del Departamento de Jalisco en 1711, de una de las familias de más gratos recuerdos para la Nueva Galicia, pues contaba entre sus antepasados al famosísimo José Flores, guadalajaraño, que del arado salió á manejar la espada y contuvo con su valor las escursiones de los nayaritas. De trece años entró al Colegio de S. Juan de la dicha ciudad, y allí estudió gramática, filosofia y teología, siendo discípulo de uno de los Jesuitas más célebres que ha habido en aquel establecimiento, el P. Ignacio Hidalgo; su vocacion á la Compañía de Jesus fué muy singular; ofreciéronsele tantas dificultades para conseguir ser admitido en su seno, que se vió obligado á hacer tres viajes y uno de ellos á pié, por más de trescientas leguas; pero vencidas felizmente despues de mil trabajos, entró al noviciado de Tepotzotlan con gran consuelo suyo, el 1º de Julio de 1734: hechos los votos simples á los dos años y teniendo ya la edad para recibir el sacerdocio, creyó que sería elevado á él, en atencion á haber concluido sus estudios; pero los superiores, por probarlo ó por las costumbres de la órden, le hicieron repasar humanidades, á pesar de ser tan eminente en ellas, como lo prueba la famosa oracion latina que pronunció en Puebla en las honras fúnebres del Rey D. Fernando VI, que corre impresa; y tambien estudió la filosofia y teología, en cuyas facultades habia sostenido actos muy lucidos en el citado Colegio de S. Juan: sujetóse á estas disposiciones el obediente Jesuita, quien no fué promovido á las sagradas órdenes, hasta cumplidos los treinta y tres años, y casi al mismo tiempo que á la solemne profesion de cuatro votos. Ordenado de sacerdote, fué destinado para operario de la Casa Profesa; y de los ministerios de esta, que principalmente se reducían á los del confesonario y púlpito, fué trasladado á los no ménos penosos de la enseñanza de

la juventud y del gobierno de los Colegios: dobló de nuevo la cerviz á la obediencia el P. Nicolás y enseñó en el Colegio de S. Ildefonso sucesivamente, retórica y poesía, filosofía y teología, con tal dedicacion y ejemplo de virtudes, que de sus aulas salieron multitud de religiosos de varias órdenes, clérigos y canónigos muy doctos y ejemplares, abogados, médicos y otras clases de la sociedad; en fin, varios Jesuitas que dieron mucho honor á la Provincia, entre ellos el literato jóven, P. Ramon Cerda, que murió en suavísimo olor de santidad, en Guanajuato, y el apostólico P. Lorenzo Carranco, célebre mártir de la California: el P. Calatayud entre tanto, hacía de Ministro en el Colegio, confesaba multitud de religiosos, y no pocos seculares, y dirigía la congregacion de la Anunciata, establecida en el de S. Pedro y S. Pablo para los estudiantes: su caridad además, era tan grande, que continuamente se le veía por las casas particulares, pidiendo las ropas viejas y desechadas para vestir á los pobres, de suerte que era el general consuelo y auxilio en la ciudad, especialmente de las familias vergonzantes; ese mismo caritativo celo, lo extendía el P. Calatayud á toda clase de necesitados, y con sus exhortaciones y ejemplos, introdujo en la mayor parte de las casas ricas de México y de otras poblaciones en que residió, la costumbre de que se distribuyesen las sobras de los alimentos á ciertas horas del día, manteniéndose con ellas infinidad de miserables. Retribuyóle Dios el ciento por uno porque en los Colegios de que fué Rector siempre hubo abundancia, aún en los de más escasas rentas: en el del Espíritu Santo de Puebla, consiguió de su Illmo. Obispo, el Sr. Alvarez Abreu, la reposicion de los departamentos de teólogos y filósofos, en que empleó más de veinte mil pesos: en el de Guatemala, muy escaso de fondos, se concilió tal veneracion por sus virtudes y trabajos apostólicos, que á él le fué deudor dicho Colegio de verse libre de los apuros en que se encontraba cuando entró á gobernarlo; últimamente, al de Oaxaca, (de cuya diócesis era prelado el otro Illmo. Alvarez Abreu, sobrino del de Puebla), que estaba próximo á cerrarse, le creó algunos fondos, que desgraciadamente el año de la expulsion, primero del rectorado del P. Calatayud, cayeron en poder del fisco antes de que hubiesen sido asegurados. Era fama entonces entre los superiores de la Compañía, que para desahogar una casa de deudas, reponer sus fábricas, ó proveer á sus necesidades, el P. Nicolás era como se dice hoy, la Providencia de esos establecimientos. Llegado á Veracruz para embarcarse con sus demás hermanos para Europa, fué atacado desde el día siguiente de unas fiebres tercianas, que rebeldes á todos los medicamentos, le quitaron la vida, despues de la primera partida de los Jesuitas, el día 19 de Noviembre de 1767, teniendo de edad poco más de 57 años.

Pero entre cuantos fallecieron en ese puerto, de ninguno hizo más

impresion la muerte, especialmente entre los habitantes de la capital, que la del P. Miguel Castillo, á quien no se daba otro título que el de "Apóstol de México." Algo hemos dicho sobre los ministerios de este V. Sacerdote, y del influjo que llegó á tener sobre el pueblo, que lo veía con el respeto que á un Santo bajado del cielo: así es, que sin repetir lo escrito, completaremos ahora su biografía. Fué natural de la ciudad de México y su familia muy notable, porque todos los hermanos abrazaron el estado eclesiástico; de los cuatro hombres, el mayor tomó el hábito de Sto. Domingo y fué muy distinguido en su religion por sus virtudes y letras; el segundo fué canónigo de Guadalupe, y despues penitenciario de la metropolitana; el tercero, llamado José y el cuarto de que vamos á hablar, vistieron la sotana de Jesuitas: las dos hermanas entraron religiosas en el convento de S. Lorenzo, y una de ellas por nombre Petra, fué de mucha nombradía en su tiempo por sus claros talentos y algunas cosas extraordinarias que le pasaron, de que se conservó memoria en aquel monasterio. Volviendo al P. Miguel, nació, como dijimos, en México, el 2 de Agosto del año de 1707: en su juventud cursó la medicina con el célebre doctor Escobar, de mucha reputacion en esta ciudad; pero conociendo por el estudio de esta ciencia la fragilidad de la vida mortal, deseando asegurar la eterna, abrazó el Instituto de S. Ignacio y entró al noviciado de Tepotzotlan el 1º de Febrero de 1726: allí tuvo por maestro al V. P. José Genovesi, por otro nombre Ignacio Tomay, cuyos espirituales opúsculos son tan conocidos; y bajo tal magisterio salió un discípulo muy aprovechado en la perfeccion religiosa: concluido su noviciado, y el curso de sus estudios eclesiásticos con tal aprovechamiento en virtudes y letras, que mereció á su tiempo la solemne profesion de cuatro votos, luego que recibió el orden sacerdotal se dedicó á las sagradas misiones, aun en el tiempo en que enseñó filosofía en los Colegios de Valladolid (Morelia) y el Parral, en que los Domingos y días de asueto salía á predicar por las calles y plazas, y el trienio que fué Prefecto de espíritu en el de Tepotzotlan en que misionaba por los Pueblos inmediatos. Reconociendo los superiores su apostólico celo, fundado sobre las más sólidas y perfectas virtudes, le dieron amplia licencia para que ejercitase el oficio de la predicacion de cuantas maneras le inspirase el Señor: desde ese momento el P. Castillo fué el apóstol de México y puso en práctica cuantos medios le parecian convenientes para hacer guerra al demonio y combatir la corrupcion de las costumbres: diósele por morada el Colegio Máximo de S. Pedro y S. Pablo, y en él tomó á su cargo la direccion de la congregacion de la Anunciata, establecida para dirigir en la virtud á los jóvenes estudiantes; y además se constituyó auxiliar de la de la Purísima, en el mismo Colegio, y cuyos congregantes eran las personas más distinguidas